

ONOMÁSTICA Y RELIGIÓN EN *LETTRES D'AMABED, ETC.* E *HISTOIRE DE JENNI DE VOLTAIRE*

IRENE AGUILÁ-SOLANA*

A Guillermo quien siempre tuvo presente el pensamiento de Voltaire

La obra volteriana en su conjunto pone de manifiesto el interés del autor por los temas religiosos, que trata de manera distinta según el género abordado. En el caso de la cuentística, el filósofo francés del Siglo de las Luces combina magistralmente la comicidad con críticas profundas y atinadas reflexiones que transmiten la esencia de sus ideas. Los cuentos de Voltaire albergan, por consiguiente, a numerosos personajes vinculados con distintos credos y pertenecientes a diferentes jerarquías y órdenes. A veces, sus nombres coinciden con los de individuos reales.¹ En otras ocasiones, Voltaire se divierte inventando nombres que, gracias a la semántica y la fonética, añaden a sus juicios un notable componente burlesco. El presente análisis se ocupa justamente de la onomástica de ficción y toma como corpus los cuentos *Lettres d'Amabed, etc.* [*Cartas de Amabed, etc.*] (1769) e *Histoire de Jenni ou Le sage et l'athée* [*Historia de Jenni o El sabio y el ateo*] (1775). En ambos textos, el autor utiliza como telón de fondo la Inquisición;² en el primer relato, la portuguesa, que se extendió hacia las Indias e hizo de Goa su núcleo duro, y, en el segundo cuento, la española, tomando como ejemplo el tribunal inquisitorial de Barcelona.

* Universidad de Zaragoza.

¹ Sobre todo abundan los jesuitas como en *Eloge historique de la Raison* (1775) donde aparecen alusiones a François d'Aix de La Chaise (confesor del rey Luis XIV), a François Garasse y Jean Guignard, al irlandés Bernard Routh, que en Francia participó en la redacción de *Mémoires de Trévoux*, así como a Louis Patouillet, Claude-Adrien-François Nonotte y al alemán Hermann Busembaum. Asimismo, en *Pot-pourri* (1765), hallamos ejemplos de otras órdenes como el franciscano Raymond de Gaufredi o el dominico Urbain Grandier, quemado en la hoguera tras ser condenado por brujería por el caso de las endemoniadas de Loudun.

² En muy probable que la publicación del *Manuel des inquisiteurs à l'usage des inquisitions d'Espagne et de Portugal* (1762), a cargo de André Morellet, con motivo de la muerte en la hoguera del jesuita Malagrida en 1761, en Lisboa, tuviera mucho que ver. Se trata de una traducción, ligeramente abreviada, del *Directorium inquisitorium* compuesto hacia 1358 por Nicolas Eymeric.

Cartas de Amabed, etc. es un cuento epistolar –reflejo de la moda contemporánea del indianismo en Francia³– que está formado por treinta y cuatro misivas intercambiadas entre Amabed, su amada Adaté y el gran brahmán Shastasid. En la vida de esta pareja india irrumpen un dominico, el padre Fa tutto, y un franciscano, el padre Fa molto.⁴ El procedimiento utilizado en la composición de los nombres de ambos clérigos es meridiano, ya que Voltaire recurre al verbo italiano *fare* (hacer) al que añade los pronombres *tutto* (todo) o *molto* (mucho). A la hora de interpretar su significado, encontramos dos posibilidades. En primer lugar, el uso de la lengua italiana sería un guiño malicioso al país que acoge la sede del máximo representante de la Iglesia católica; sin olvidar que fue en Roma donde Gregorio IX creó la denominada Inquisición pontificia o papal, mediante la bula *Excommunicamus*, con el fin de dirigir los procesos heréticos sin intermediarios, pero secundado por las órdenes mendicantes, en especial por los dominicos. En segundo lugar, cabe una explicación semántica: la unión de la capacidad de acción que implica el verbo *fare* al matiz cuantitativo que aportan los pronombres *tutto* y *molto*. Por consecuencia, el padre Fa tutto tendría supremacía sobre el padre Fa molto. Esta gradación entre los individuos se aplicaría también, por sinécdoque, a las órdenes en sí. En otras palabras, la orden de Predicadores se impondría sobre la de los Hermanos Menores.

A medida que avanza la historia, la percepción que tienen los jóvenes indios de Fa tutto va cambiando. Al principio, les parece educado, persuasivo, halagador, galante, virtuoso y tolerante, de suerte que su comportamiento disipa los prejuicios de Amabed. Pero, poco a poco, descubren que el religioso no es como ellos creían o como parecía ser. En realidad, es hipócrita, malvado, libidinoso y miembro del tribunal inquisitorial que los ha condenado por apostasía. El dominico es soberbio porque está convencido de que Dios ha elegido a su orden para representarlo en la tierra y disponer libremente de los cuerpos y almas de todos los seres humanos. Su aire compasivo y dulce para con Adaté cuando intenta que la joven ceda a sus aviesas intenciones forma parte de los efectos teatrales que el eclesiástico utiliza para engañar a la gente. Ni siquiera duda en abusar de su autoridad para violar a la muchacha y a su sirvienta.

En el barco que los conduce ante el Sumo Pontífice («el vicediós») para ser juzgados, viaja también un franciscano limosnero llamado padre Fa molto. Éste siempre está en desacuerdo con el padre Fa tutto y viste de manera dife-

³ Influencia comprensible a causa de la colonización francesa de la India y sus consecuencias políticas negativas tras el tratado de París en 1763.

⁴ En el capítulo CXL, dedicado a la Inquisición, del *Essai sur les mœurs et l'esprit des nations* [*Ensayo sobre las costumbres y el espíritu de las naciones*] (1756), Voltaire se remonta hasta sus orígenes y narra cómo Roma hizo de dominicos y franciscanos los primeros inquisidores en el siglo XIII.

rente porque «sus sectas son enemigas acérrimas». Un día, Fa molto lleva a Déra, la criada, a una cantina donde también acude Fa tutto. Bajo los efectos del vino y espoleados por los celos, inician una pelea que propicia, con posterioridad, una conversación entre el franciscano y Amabed sobre el carácter antinatural del voto de castidad, así como sobre la frágil fe de muchos religiosos. Llegados a Roma,⁵ Fa tutto y Fa molto son tratados como santos por la población a pesar de sus delitos. Además, la gente y la curia pontificia se ríen de Amabed, Adaté y Déra cuando piden justicia para ellos y castigo para ambos clérigos que, para su sorpresa, salen impunes. Y eso que el sabio Shas-tasid ya había advertido a Amabed de la escasa fiabilidad que le merecía Fa tutto, a la par que mostraba su aversión hacia los italianos por considerarlos insensatos, ridículos, interesados, pérfidos y crueles.

Al margen de los PP. Fa tutto y Fa molto, Voltaire sostiene la visión de una Iglesia corrupta a través de los cardenales Sacripanta y Faquinetti. Su presencia es episódica, ya que solamente aparecen en la última epístola del cuento, pero fundamental porque presagia un final abierto a futuras aventuras libertinas. El nombre del cardenal Sacripanta procede, sin duda, de Sacripante, rey sarraceno de Circasia enamorado de Angélica, que aparece en los poemas épicos del *Orlando innamorato* (1495) de Boiardo y del *Orlando furioso* (1532) de Ariosto.⁶ En el capítulo IV de la segunda parte del *Quijote* (1615), Sancho alude también a Sacripante, cuyo caballo fue robado por Brunelo mientras dormía. Y Lope de Vega se refiere a él como un rey poderoso en el verso 1.962 de su *Gatomaquia* (1634). Sin embargo, es preciso conocer la fortuna de Sacripante en Francia, donde este nombre propio derivó en el sustantivo *sacripant*. Según el medievalista Jean-Baptiste de la Curne de Sainte-Palaye, la etimología de una de sus acepciones se remonta a 1600 y significa «fanfarrón» (Dauzat, 1971: 663), enlazando con el sentido que Ariosto diera a su personaje. La segunda de las acepciones se debe, como indica el *Trésor de la langue française*, a la influencia de *chenapan*, voz tomada del alemán *schnapphahn* por los soldados franceses durante las guerras del siglo XVII, que significa «bandido, salteador de caminos».

El nombre del cardenal Faquinetti posee una etimología meridiana: Voltaire parte del sustantivo francés *faquin* que, en el siglo XVII, suponía un insulto y equivalía a bellaco o bribón. Rabelais lo utilizó en *Pantagrueline Prognostication* [*Predicción Pantagruelina*] (1533) con el sentido de mozo de cuerda o de cordel, que perduró hasta el siglo XVII, y que procede, sin duda,

⁵ En el original, la Ciudad Eterna aparece como «Roume» en lugar de *Rome*. Voltaire gusta de ligeros juegos lingüísticos de intercambio de letras al igual que cuando llama a san Pablo «saint Pual» (en francés, *saint Paul*).

⁶ Desde 1730, el *Orlando furioso* fue uno de los libros de cabecera de Voltaire. Lo lee y lo cita habitualmente; conoce largos fragmentos de memoria y alude al poema de Ariosto en varias de sus obras (*Essay upon the Epic Poetry*, 1727; *Tancredi* (1760); *La Pucelle d'Orléans* (1762); *Questions sur l'Encyclopédie*, 1770-1772). Cf. Isidori, 1995: 93-94.

del italiano *facchino* cuya traducción es porteador o portador (Dauzat, 1971: 296). De hecho, la Real Academia Española recoge la palabra *faquín* que traduce por ganapán, esportillero o mozo de cuerda, el mismo sentido que tenía en Francia en el siglo XVI. Quizás podría derivar también de *facque*, que significaba *sac* en argot medieval. Debido a su sonoridad próxima a *coquin*, que se traduce por pillo, *faquín* parece haberse acercado a este último término (Édouard, 1983: 187).

Los últimos párrafos del cuento denuncian la avidez y ambigüedad sexual de ambos cardenales que proponen a los jóvenes indios organizar con ellos intercambios de parejas, así como orgías. Amabed concluye, no sin ironía, que la abundancia en la que viven estos eclesiásticos se corresponde con la precedencia de su rango que les iguala a los reyes, y que, sin duda, las inmensas riquezas que disfrutan son merecidas en pago a la enorme utilidad de Sacripanta y Faquinetti para la sociedad. Como queda patente, la lengua interviene en el escarnio de ambos personajes a través de sus nombres propios, mas también ridiculiza la dignidad cardenalicia. Así es, puesto que Amabed se mofa de la palabra que sirve para denominar este cargo al mezclar dos de sus significados. En efecto, en francés, *cardinal*, además del sustantivo que designa a un prelado, puede ser un adjetivo. En ese caso, tendrá una doble derivación: significaría «principal» si deriva de *cardinalis*, o «gozne o pivote» si lo hace de *cardo*, *cardinis* (Dauzat, 1971: 136).

El otro cuento del que nos ocupamos en este trabajo es *Historia de Jenni o El sabio y el ateo* (1775), donde el autor aduce las razones del deísmo que defiende: pruebas de la existencia de Dios y necesidad (moral y social) de creer en un Ser supremo. La acción de este relato comienza en 1705, durante un episodio de la Guerra de Sucesión española, para trasladarse, a continuación, a Inglaterra y al continente americano. El protagonista es Jenni, un muchacho que acompaña a Barcelona a su padre (Mr. Freind), capellán del ejército inglés, para luchar en el ataque a Montjuic liderados por el conde de Peterborou. La superstición de los españoles es puesta aquí de relieve⁷ como lo demuestra que, para intentar frenar el avance de los ingleses, los habitantes de Barcelona rezan novenas y un familiar de la Inquisición oye cuatro misas diarias para obtener de Nuestra-Señora de Manresa la gracia de destruir al enemigo. Y, para exaltar los ánimos patrióticos, el R.P. Jerónimo Bueno Caracucarador, inquisidor de Barcelona, lanza excomunión contra los ingleses y los describe como seres monstruosos con rasgos animalescos. Los trata de herejes y asevera que, como tales, la Virgen nunca los perdonará. A pesar de denunciar la conducta de otros individuos por considerarla pecaminosa, este eclesiástico lleva una vida disoluta y tiene trato carnal con prostitutas (dona [sic] Las Nalgas y dona Boca Vermeja [sic]).

⁷ Superstición, fanatismo e irracionalidad son algunos de los defectos criticados en la población española por el conjunto de ilustrados extranjeros.

Jenni cae herido y, al ser hecho prisionero, conoce de primera mano la acción de la Inquisición. Don Caracucarador manda veinticuatro alguaciles de la Santa-Hermandad para prenderle y condena al joven inglés a ser quemado, pero, por fortuna, el día que iba a tener lugar la ejecución, la ciudad fue tomada. El narrador lamenta irónicamente que el inquisidor no pudiera pronunciar el bonito sermón que había preparado para la ocasión. Una vez que las tropas al mando del conde de Peterborou entran en Barcelona, Mr. Freind tiene noticias de que su hijo se halla en los calabozos de la Inquisición. Corre a liberarlo y, de paso, rescata a otras veinte víctimas que debían morir en la misma ceremonia. Reos y soldados vencen a los esbirros del Santo Oficio y lo celebran con el vino y los jamones que guardaban los inquisidores, caldos y viandas que contradicen la supuesta austeridad clerical.⁸

Don Caracucarador suma a sus defectos la cobardía porque, al saberse derrotado una vez terminada la contienda, sale de su escondrijo y pide misericordia al padre de Jenni por haber querido «cocer» a su vástago. En su conversación con Mr. Freind, doctor en teología, queda de manifiesto la escasa cultura del inquisidor y la intransigencia del Santo Oficio. No obstante, la clemencia del capellán inglés impide el ahorcamiento de Caracucarador, castigándole únicamente a ser azotado. Tal benevolencia conmueve a gran número de catalanes católicos (y también a algunos bachilleres de Salamanca que se encontraban en Barcelona) que piden ser recibidos en el seno de la Iglesia anglicana por considerar que la religión del enemigo es mejor que la propia.

El inquisidor Jerónimo Bueno Caracucarador tiene dos apellidos, lo que podría denotar un origen hispano o luso, siendo la península ibérica un espantoso ejemplo del peso del Santo Oficio. Por lo que afecta a su nombre de pila, sabemos que Voltaire conocía y respetaba la obra de san Jerónimo: cita un fragmento de las cartas de este apologeta en el artículo «Anthropophages» [Antropófagos] del *Dictionnaire philosophique* (1764); igualmente, defiende el punto de vista del santo frente a la opinión de Simon Pelloutier en *Histoire des Celtes* (1740-1750). Sea como fuere, Voltaire siempre actuó con cautela y, a pesar de que apoya la versión del padre de la Iglesia, concluye con su prevención habitual, que lo más seguro es desconfiar de todo incluso de lo que ha visto uno mismo (pp. 270-271).

Por lo que atañe a *Bueno*, puede tratarse de un sobrenombre o del primer apellido. Pero, mientras que, en *Cartas de Amabed, etc.*, hay un corregidor llamado don Jerónimo al que apodan «el Justo» porque ayuda a los protagonistas a salir de las garras del padre Fa tutto, en *Historia de Jenni* la atribución del epíteto «bueno» genera un fuerte contraste ya que el inquisidor Jerónimo Bueno no es bondadoso.

⁸ El motivo del clérigo glotón que recoge Voltaire en este cuento ofrece numerosos ejemplos en la tradición literaria medieval.

Más jugoso es el segundo apellido, *Caracucarador*, para el que proponemos varias hipótesis puesto que lo más probable es que Voltaire aunara varios propósitos. Por un lado, está Carracuca, personaje proverbial de algunas leyendas españolas, de origen desconocido, que aparece en la expresión idiomática «estar más perdido que Carracuca» para ponderar la situación angustiosa o comprometida de alguien, según reza el diccionario de la lengua de la Real Academia Española. La expresión debía de usarse, al menos desde la primera mitad del XIX. Jerónimo Borao (1859: 267) ya había dado fe del uso de esa «extraña palabra». Según Martínez y Jørgensen (2009: 80), el personaje de Carracuca se emplearía en la expresión superlativa de cualquier adjetivo y tendría connotaciones negativas. Si, además, consideramos que el sufijo *-dor* se agrega a adjetivos y a verbos para indicar atributo, oficio, instrumento, etc., cabe la posibilidad de que el individuo al que se ha impuesto dicho nombre comparta los rasgos de Carracuca.

Por último, en varios momentos de la controversia entre el bachiller de Salamanca don I[ñ]igo y Medroso y Comodios y Papalamiendo y Mr. Freind, padre de Jenni, surge el nombre de don Grillandus, «prototipo de la Inquisición» y erudito. Nótese el claro juego de palabras en la base onomástica de este personaje puesto que, en francés, el verbo *griller* significa *asar, tostar, y, por extensión, quemar a fuego vivo*. En el sentido particular, *griller* se traduce como la aplicación del suplicio del fuego y, por lo tanto, ilustra uno de los modos inquisitoriales más recurrentes de quitar la vida a los reos. Si, además, tenemos en cuenta que Voltaire añade a dicho verbo el participio latino de futuro pasivo *-ndus*, y que el adjetivo verbal en *-ndus* indica obligación, resulta que *Grillandus* significaría «que ha de ser asado» o «que debe ser asado». Con lo cual, la sorna del autor al nombrar de esta manera a un inquisidor, que actúa habitualmente como sujeto activo, es palmaria. Por otro lado, Medroso pone a Grillandus a la altura de Molina.⁹ Este supuesto paralelismo entre dos figuras relevantes en el seno de la Iglesia católica permitiría pensar, sobre todo después de analizar el valor semántico de *Grillandus*, que dicho personaje representa al Gran Inquisidor Tomás de Torquemada. De hecho, no es baladí que ambos nombres contengan alusiones al fuego y sus efectos, pero es cierto que tampoco disponemos de demasiados datos para llegar a una conclusión definitiva.

En resumen, este estudio es una pequeña muestra de la onomástica burlesca que Voltaire despliega en el campo de la religión. La Inquisición obsesiona al filósofo por encarnar en su forma institucional y represiva la intolerancia católica y la confusión entre jurisdicción civil y jurisdicción eclesiástica (Goulemot, 1995: 722). Sin duda, la Inquisición simboliza buena parte de las

⁹ Se refiere, probablemente, al teólogo jesuita español Luis de Molina (1535-1600) que dio su nombre al molinismo, sistema que se propone reconciliar la gracia y la libre voluntad, que fue adoptado en los puntos esenciales por la Compañía de Jesús.

tinieblas contra las que la filosofía del siglo de las Luces arremete. Por ello, su evocación es frecuente en las peripecias trazadas en los cuentos de Voltaire. *Cartas de Amabed, etc.* (1769) e *Historia de Jenni o El sabio y el ateo* (1775) son un ejemplo de ello, aunque también la encontramos en otros relatos breves del autor como *Histoire des voyages de Scarmentado* (1756), *Candide* (1759) o *Eloge historique de la Raison* (1775). Sin embargo, la caricatura que desprenden los nombres atribuidos a personajes del mundo eclesiástico no debe confundir al lector creyendo que Voltaire era ateo. Es cierto que fue enemigo de las Iglesias, pero combatió el materialismo y el ateísmo en aquellos de sus coetáneos más radicales. Como se ha visto, los nombres elegidos para bautizar a sus personajes poseen principalmente dos funciones. Por un lado, una función semántica, que incita al lector a reflexionar sobre su significado y, de resultas, sobre los temas expuestos en los relatos. Por otro lado, una función estética, a menudo a partir de una fonética que puede resultar chocante o jocosa. Además, es posible que ambas funciones se combinen. Voltaire propone, así, varios niveles en el juego de la descodificación. En algunos casos, la interpretación es sencilla por evidente; en otros, es un poco más rebuscada, pero siempre es divertida y nunca deja indiferente al lector.

BIBLIOGRAFÍA

- Jerónimo Borao, *Diccionario de voces aragonesas*, Madrid, Calisto Ariño, 1859.
Robert Édouard, *Dictionnaire des injures*, París, Éditions 10/18, 1983.
Jean Goulemot, «Inquisition» en Goulemot *et al.*, *Inventaire Voltaire*, París, Gallimard, collection Quarto, 1995, pp. 722-728.
Francesca Isidori, «L'Arioste» en Goulemot *et al.*, *Inventaire Voltaire*, París, Gallimard, collection Quarto, 1995, pp. 93-94.
Juan Antonio Martínez López y Annette Myre Jørgensen, *Diccionario de expresiones y locuciones del español*, Madrid, Ediciones de la Torre, 2009.
Voltaire, *Dictionnaire philosophique*, París, Garnier, 1878, tome 17.
Albert Dauzat *et al.*, *Nouveau dictionnaire étymologique et historique*, París, Larousse, 1971.
Le Trésor de la Langue Française informatisé (TLFi), ATILF (Analyse et Traitement Informatique de la Langue Française, CNRS, Université de Lorraine, accesible en línea en: <<http://atilf.atilf.fr>> [consultado el 19.06.2016].